

consonni

**Akwaeke
Emezi**

Para Senthuran

Memorias de espíritu negro

TRADUCCIÓN
Arrate Hidalgo



«De una seguridad y gracilidad apabullantes [...] nos invita a ahondar en un espectro más amplio de la experiencia humana». —**The Washington Post**

«Emezi tiene un don para escribir una prosa a menudo tan visceral, delicada y desgarradora como lo que esta describe». —**The Guardian**

«Un faro de genialidad literaria». —**Lambda Literary Review**

«Le brillante Akwaeke Emezi comparte sin tapujos sus reflexiones en torno al género, la corporalidad, el ser queer, la creatividad y la relaciones con la misma intensa dedicación y franqueza que define sus exitosas novelas». —**Ms. Magazine**

«De un poder extraordinario». —**The New Yorker**

«Una autobiografía híbrida, compleja e innovadora [de] uno de los talentos más cautivadores de la literatura contemporánea». —**Elle**

«Akwaeke Emezi divide los mares del ser». —**Vanity Fair**

«Emezi está arrojando una luz deslumbrante sobre todos sus yoes, sus encarnaciones, su espíritu, sus fracturas, sobre lo potente de su existencia». —**Joss Lake, Bustle**

«Une de nuestres más grandes autores vivientes». —**Shondaland**

«Un pasaje audaz a través del terror y la belleza de negarte a dar explicaciones». —**New York Times Book Review**

«Escrito con un lenguaje imagista que es a la par poético y cristalino, *Dear Senthuran* es un relato repleto de honestidad y lírica acerca de una mente sin límites que explora la vasta extensión de la creatividad y la experiencia. Auténtica y vulnerable, la escritura de Emezi serpentea por entre las profundidades de heridas desgarradoras, pero también explora lo bello que es no fingir ser menos de lo que somos en lo más hondo». —**NPR**

«Un libro que habla de cambiar, de soltar, de renacer... Aunque no es un libro de autoayuda como tal, la generosidad de Emezi nos ofrece con *Para Senthuran* un bálsamo para el espíritu, un recordatorio de que el cambio es la única certeza en esta vida». —**Vanity Fair**

«Akwaeke Emezi es pura magia. *Para Senthuran* es una canción, una aventura, una herida y un bálsamo, todo a la vez [...]. Su voluntad de desnudar su alma con tal maestría es un tesoro que no nos merecemos». —**BuzzFeed**

«Unas memorias en forma de cartas enviadas a varias amistades, amantes y familiares en la vida de Emezi [...]. No se parece a ninguna otra autobiografía que haya leído, y lo digo en el mejor de los sentidos». —**Alma**

«Hipnótica y poética [...] En *Para Senthuran*, la generosidad de Emezi nos hace partícipes tanto de sus heridas como de su sabiduría, ofreciéndonos a los escritores y artistas en ciernes una nueva fuente de inspiración para crear otras formas de crear, de amar, de ser». —**Bookpage**

«Apasionada [...] Unas extraordinarias memorias de una escritora sin miedo a compartir sus ambiciones y vulnerabilidades». —**Booklist**

«Una autobiografía única y visceral [...] Las creencias espirituales tribales se cruzan con el reconocimiento literario contemporáneo en unas poderosas memorias». —**Kirkus**

«Si buscas a alguien más esencial en el panorama reciente de la ficción contemporánea —y más prolífico— que Akwaeke Emezi en los últimos cinco años... espera sentado». —**Harper's Bazaar**

«Un libro de gran belleza... *Para Senthuran* habla del poder de la excelencia, especialmente esa que aparece en cuerpos que no son ni blancos ni de hombre. Emezi está cambiando el mundo, está cambiando nuestra forma de reaccionar ante esta clase de poder». —**The Paris Review**

«Te hechiza [...] una bellísima prosa que cautiva de principio a fin». —**Publishers Weekly**

«Una autobiografía de obligada lectura sobre la creatividad y la identidad». —**Bustle**

Para Senthuran

Akwaeke Emezi (elle) es autora de *La muerte de Vivek Oji* (consonni, 2022), superventas de *The New York Times* y finalista del Dylan Thomas Prize, Los Angeles Times Book Prize, PEN/Jein Stein Award y DUBLIN Literary Award. *Mascota* (Crononauta, 2022), fue finalista del National Book Award en la categoría de literatura para gente joven y recibió una mención de honor a los premios Stonewall y Walter. *Agua dulce* (consonni, 2021) fue nombrado libro notable por *The New York Times* y finalista de los premios PEN/ Hemingway, NYPL Young Lions de ficción, el premio a un primer libro del Center for Fiction y el Lambda. *Para Senthuran: Memorias de espíritu negro* fue ganador del premio ALA Stonewall al mejor libro de no ficción. Entre sus obras más recientes se cuentan *Content Warning: Everything*, su primer poemario; *Bitter*, su segunda novela juvenil, y su debut en la novela romántica, *You Made a Fool of Death with Your Beauty*. Seleccionada entre los «5 menores de 35» de la National Book Foundation, fue portada de la revista *TIME* como uno de los líderes de la próxima generación. Reside en espacios liminales.



Fotografia: ©David Uzochukwu



Para Senthuran
Memorias de espíritu negro

Akwaeke Emezi
Traducción de Arrate Hidalgo



Autoría **Akwaeke Emezi**
Traducción **Arrate Hidalgo**
Corrección **Gemma Deza Guil** y **Miguel Alpuente Civera**
Diseño de colección y maquetación **Rosa Llop**
Imagen de cubierta **Ana Galvañ**
Impresión **Alva Nova Servicios Gráficos S.L.L.**
Printed in Spain

Edición **consonni**
C/ Conde Mirasol 13-LJ1D
48003 Bilbao
www.consonni.org

Primera edición en español:
mayo de 2024, Bilbao

ISBN: 978-84-19490-25-4
Depósito legal: BI 00469-2024

Edición original: *Dear Senthuran. A black spirit memoir*, Riverhead Books, 2021

© 2021 by Akwaeke Emezi. Todos los derechos reservados

© de la traducción, Arrate Hidalgo, 2024

© de la imagen de cubierta, Ana Galvañ, 2024

© de esta edición, consonni ediciones, 2024

Esta obra ha recibido una ayuda a la producción editorial literaria del Departamento de Cultura y Política Lingüística del Gobierno Vasco.

consonni es una editorial interdependiente con un espacio cultural en el barrio bilbaíno de San Francisco. Desde 1996 producimos cultura crítica y en la actualidad apostamos por la palabra escrita y también susurrada, oída, silenciada, declamada; la palabra hecha acción, hecha cuerpo. Ambicionamos afectar el mundo que habitamos y afectarnos por él. Escrito en minúscula y en constante mutación, consonni es una criatura andrógina y policéfala, con los feminismos y la escucha como superpoderes. Nos la jugamos en las distancias cortas.



Para mi bae espiritual,
a quien tanto quiero,
profeta y vidente,
mi vacío favorito.

Para quienes seguimos
teniendo un pie
en el otro lado.

Ninguna parte | Para Katherine

Estamos a mediados de junio.

El mar Negro está turquesa, manchado de fitoplancton y bruñido con espejos ondulantes. La luz del sol se refleja en las ondas que rompen la superficie del agua. Me alzo sobre un puñado de rocas caídas con una botella de agua vacía en la mano, escuchando el sonido de las olas que escupen espuma en la quietud de la mañana. Las gaviotas chillan y dan vueltas contra el cielo. Un mago del que me estoy enamorando me ha pedido que le lleve un par de gotas del mar, de este mar en concreto, el que tengo cerca. Tenía la intención de capturarlo –este recuerdo marino– cuando fui a nadar el otro día, pero se me olvidó. En vez de eso, me pasé una hora de pie en el agua, hundido hasta los muslos en una nube de algas verdes. Se me durmieron las pantorrillas y se me quemó la espalda. Nada de aquello me hizo sentir como si estuviera en alguna parte.

Quizá fuera por tanto viaje, tantos aeropuertos, tantos ásperos asientos azules perdiéndose en una confusión de anuncios de seguridad, o por las ciudades —un gofre con chorros de chocolate blanco en un pícnic en Johannesburgo, un monje ortodoxo caminando a través de una tormenta en Sofía, una niña con moños afro vendiendo limonada casera en Brooklyn—. Quizá fuera porque estaba sin hogar —un contrato rescindido en Trinidad, demasiadas habitaciones de invitados en demasiados países—. Lo llaman «nómada» como si la palabra tuviera una especie de glamur en bruto, pero en mi boca suena a algo con *jet lag*, a ponerse una mascarilla facial para ver si en quince minutos surte efecto este intento envolvente por solucionar su deshidratación.

Ya hasta me da igual.

El estado de mi cuerpo va a la par con el de mi mente: flotante, suspendido en un mal viaje entre las nubes, estrellándose contra fronteras, aislado. Ningún sitio me parece real; todas las personas que me cruzo son constructos. En lugar de luchar contra el desapego, he empezado a aprender a hundirme en él. Rumi propone estar muerto para este mundo y vivo solo para Dios; en Sozopol, un exmonje se inclina sobre la mesa de un restaurante con ojos brillantes como vidrieras y me habla de los diferentes tipos de nada que existen en el budismo. Yo le cuento que mi búsqueda de un lugar en el que estar es en el fondo una búsqueda del yo, y el único yo en el que me siento como en casa es uno que no existe, ya no, porque está destrozado, vapuleado, hecho polvo.

Me ato el pelo hacia atrás para que no se me meta en los ojos y empiezo a bajar por las rocas hacia el mar. Las zapatillas se deslizan despacio sobre la roca húmeda, dejo caer las piernas por entre las fisuras y aprieto la mano contra los salientes. El resto de la tierra se eleva más y más a medida que yo me hundo. El mar atrae. No me extraña que la gente intente perderse a sí misma en él cuando el desapego se vuelve demasiado fuerte, cuando el ansia de no estar

en ninguna parte se transforma en acción. Desenrosco el tapón de la botella y me agacho en una roca; después bajo la mano y espero a que una ola la llene al romper. Me siento completamente sole. El agua es transparente dentro del plástico ligeramente azul. Debería irme –tengo autobuses y vuelos que coger–, pero estoy demasiado a gusto en este recoveco de la nada, así que me quedo sentade un buen rato.

Envío un mensaje al mago: le cuento que el sol convierte las rocas en cunas y percheros. Quizás, con el tiempo, si esperase el tiempo suficiente en este lugar, podría disolverme, convertirme en espuma y dejarme llevar hacia el interior de algo más vasto que mi cuerpo inmediato.

Quiero no ser nada. Quiero no estar en ninguna parte.

El mago me contesta.«Yo también estoy turquesa –dice– manchado de fitoplancton.»

Fuego | Para Jahra

El keroseno lo quema casi todo.

Cuando era niño, nuestra casa a veces sufría invasiones de hormigas legionarias: ríos de rojo, cuerpos claqueteantes que subían por los alféizares y nos mordían con dedicación. Nosotres empapábamos periódicos de keroseno para fabricar antorchas con las que quemarlas y hacerlas retroceder, chamuscando alfombras y bañeras. Como el precio de la gasolina no dejaba de subir, pasamos a cocinarlo todo en la pequeña estufa verde de keroseno y vimos cómo se iban ennegreciendo las cazuelas. En la estación seca, rastrillamos hojas secas y las amontonamos junto al pozo que no funcionaba, las rociamos con un poco de keroseno y tiramos una cerilla encima. Recuerdo maravillarme de que solo con mojarlas un poco pudieran dar semejante llama. Mi hermana pequeña y yo bailamos alrededor del fuego hasta

que nos mandaron entrar en casa y nos riñeron por dejar que se nos quedara olor a humo en el pelo.

Cuando intentas quemar a una persona, es más barato usar ke-ro-seno que gasolina.

Pasé toda mi infancia en Aba, una ciudad comercial del sur de Nigeria, donde nacieron mi hermano y mi hermana. Cuando volví al país después de irme a estudiar a una universidad extranjera, supe desde la primera vuelta que me di por el ambiente de Lagos que el escenario de mi infancia me serviría de munición contra la gente que creía que aquel no era mi sitio, que no era lo bastante nigeriane. A Aba nadie le lleva la contraria. Era la mejor carta que tenía: mejor que haber nacido en Umuahia, donde nacieron mi padre y mi abuelo. Me daba una «autenticidad» absoluta; no se podía cuestionar si una persona criada en Aba era nigeriana «de verdad», por mucho que aquello no encajase con los supuestos orígenes que me atribuían. Yo tenía una apariencia y un olor demasiado extranjeros, algo que corría hasta en mi sangre: era imposible que me hubiera criado en Nigeria; o, como mínimo, seguro que había pasado todas mis vacaciones fuera.

La verdad sonaba a cuento. Quería contarles que nunca tuvimos agua corriente, que los huevos de cucaracha se coagulaban en la huevera de la puerta del frigorífico, que el hormigón que vertieron encima del pozo ciego se resquebrajó y se abrió y así se quedó, hasta que la peste acabó formando parte de nuestro aire. Que suspirábamos por las manzanas verdes que eran demasiado caras, tres a cien nairas balanceándose en el interior de una bolsa de plástico, y conocíamos bien el sabor íntimo del ketchup embadurnando de rojo el pan blanco, la oleosidad barata de la margarina mezclada con arroz hervido, la vergüenza que lo acompañaba. No les contaba nada de eso. Me limitaba a sonreír y escucharles bromear sobre la gente de Aba, que ya se sabe que somos capaces de fabricar y vender una imitación de cualquier cosa, hasta de un vaso de agua.

De niño tuve pilas de libros para leer, que compraba de segunda mano en la oficina de correos de Ikot-Ekpene Road, o nos mandaban nuestros primos de Londres, o sacaba de las colecciones de mi padre y de mi madre, que nunca fusionaron. Mientras las revueltas hacían arder la ciudad, mi hermana y yo creíamos en hadas invisibles, en duendes escondidos en nuestro jardín de atrás. Teníamos gatos repantingados en las alfombras, un perro con las orejas en carne viva y varias muñecas Barbie que mi madre nos mandó desde Arabia Saudí, donde se trasladó en 1996. Yo no sabía que nunca volvería a vivir con ella. Cuando nuestros pavos contrajeron la viruela aviar, los atrapamos y apresamos bajo nuestros pies y aprendimos que la viruela se puede tratar con aceite de palma. Cuando a los perros les salieron parásitos, aprendimos que si apretábamos con cuidado sobre la llaga, las larvas se retorcían y caían, blancas, en la arena. Aprendimos a no llevarnos los dedos a la boca después de haber tocado hoja amarga, ni a los ojos después de pelar ñame, porque la primera te destroza la lengua y el picor del segundo te puede cegar. Imitábamos a los sacerdotes que daban misa en la catedral de Cristo Rey, hablando por lo bajo cuando tocaba callarse. *Líbranos de todos los males, Señor, y concédenos la paz en nuestros días.* Volviendo a casa en el coche, pasábamos por el acostumbrado montón de cuerpos en descomposición que dejaban tirados junto al hospital universitario; su pérdida clamorosa saturaba el aire. Jugábamos en el coche, niños todavía.

Después de que una camioneta le destrozase la pierna a mi hermana en 1995, mi familia nos prohibió ir en okada. Decían que las carreteras eran demasiado peligrosas. Yo les desobedecía a menudo; sacaba la cara al viento y levantaba los talones para que el tubo de escape ardiendo no me derritiera las chanclas. La primera vez que monté en okada, mi mejor amiga me distrajo al gritar mi nombre y me quemé la parte interior de la pierna con el metal. Ella puso mala cara. «Cuidado con el tubo de escape», dijo. Para cuando fui al cole-

gio al día siguiente, la quemadura ya estaba cuarteada y cubierta de burbujas. La embadurné de polvos de talco y dos tipos de yodo hasta convertirla en una costra fea de morados y rojos. Al final cicatrizó y se quedó lisa, y yo aprendí a subirme a las motos por el otro lado.

Después de quemarle el muslo izquierdo a mi hermana, aprendí que a las heridas por calor siempre les salen burbujas, ya las inflijas con metal o, como en su caso, agua. Estábamos una mañana toda la familia sentada a la mesa para desayunar, como le gustaba a mi madre cuando aún no se había ido, con el bote de Milo y el azúcar y la leche en polvo y todo lo demás dispuesto. Yo alargué el brazo para agarrar el termo de agua caliente por el asa, pero nuestro hermano no había cerrado bien el tapón, así que, al volcar, el termo derramó un río humeante sobre el uniforme del colegio de mi hermana y le escaldó la pierna. Ella chilló, se levantó de un salto y corrió al salón con toda la familia detrás mientras yo profería disculpas desesperadas. Creo que le cascaron un huevo crudo sobre la quemadura, viscoso y amarillo. Era la segunda vez que veía la piel de su pierna hacer cosas antinaturales. La primera fue cuando la camioneta la arrastró por Okigwe Road, pero en aquella ocasión su piel se abrió de otra manera, más compleja, triturada por el hueso blanco que salía como un grito de pulpa roja. Se la arregló el padre de mi mejor amiga. Aprendí que los seres humanos son carne.

Los cuerpos al sol despiden un hedor insoportable al cabo de una semana porque la carne se pudre, pero a la siguiente huelen aún peor. Una tarde de lluvia, andando de vuelta a casa, aprendí en el agua que anegaba Faulks Road que un cuerpo sin vida flota e incluso se mece. Aprendí que los cerebros son grises antes de cumplir once años; me lo enseñó el asfalto de Brass Junction, la cabeza de una persona como una calabaza partida. La mirábamos todos los días de camino a casa en coche, conteniendo el aliento al atravesar la intersección y girar a la izquierda para tomar Aba-Owerri Road en dirección a Abayi. Aprendí que podemos soportar mucho más de lo que nos pensamos.

Los atracos a mano armada en Aba empeoraron hasta tal punto que si denunciabas a la policía lo único que hacían era asegurarse de evitar la zona. En respuesta, se formó un equipo de jóvenes justicieros. Se hacían llamar los Bakassi Boys. Tenían el cuartel general en el mercado Ariaria y a menudo los veíamos pasar a toda velocidad al volver del colegio. Iban colgados de las ventanillas de sus coches o del techo de los autobuses, blandiendo machetes y escopetas con tiras de tela roja y amarilla ondeando al viento.

Se dedicaban a matar y quemar a los ladrones: les cosían a machetazos, les echaban encima un neumático, les rociaban con el infalible chorro de keroseno y dejaban los cadáveres como advertencia y recordatorio. Nadie se atrevía a retirar los cuerpos hasta que les daban permiso. Cuando tenía catorce años, fuimos a Malasia a ver a mis abueles y allí le conté a una prima lo de los Bakassi Boys. «Qué horror que maten a gente», dijo mientras paseábamos por la playa. Yo me la quedé mirando como si lo que decía no tuviera sentido. El mismísimo gobernador del estado había permitido las matanzas: igual que permitió las revueltas de 2000 tras la masacre de igbos en Kaduna, después de que nos devolviesen a nuestros muertos apilados en camiones.

Ahora que echo la vista atrás, pienso en lo trivial que era cobrar-se una vida, lo joven que era yo entonces.

Aprendí otras cosas en Aba: que una madre a la que ves una vez al año es una desconocida, por mucho que pases los largos meses de su ausencia llorando por ella. Que si mi padre es un hombre capaz de amenazar con un machete a un trabajador de la NEPA que venía a mirar el contador de la luz, eso quiere decir no puedo contarle lo que me hizo el vecino que llevó a mi hermana al hospital después del accidente con la camioneta, porque a los doce años soy definitivamente demasiado joven para tener las manos manchadas de ese tipo de sangre. Trataron a aquel vecino como a un héroe; llamó a mi hermana su mujercita durante años. Podemos soportar mucho más de lo que nos pensamos, te lo prometo.

Le conté parte de esto a una amiga una vez que quedamos para comer en Lagos; no lo mío, sino lo de los cuerpos y los toques de queda y los secuestros rituales que la gente llamó Otokoto y lo de aquella vez que incendiaron la mezquita y mataron a todas las personas musulmanas que encontraron: asesinaron a trescientas en los dos días posteriores a la llegada de los camiones llenos de cuerpos desde Kaduna, cuando nos dieron cinco días libres en el colegio y nos quedamos en casa y vimos las cenizas delante de la oficina de aduanas. Le conté que un compañero de clase me había dicho de broma que debería andarme con cuidado. «Ya sabes que pareces del norte», dijo. Le conté el rumor que corría sobre un hombre musulmán que podía pasar por igbo y, en el momento en que llegaron a por él, se unió a la turba y mató a su propia gente para salvar la vida, para demostrar que era uno de nosotros. Le conté la historia de la vecina de al lado, cuyo portero era un zapatero del norte, y que los escondió a él y a su hijo de cinco años en sus dependencias del servicio. El niño, al oír ruido en la calle, intentó escaparse para ver lo que era, pero ella lo pilló, le dio unos azotes y lo mandó de vuelta al escondite. Tenía cinco años. Compartíamos un árbol de aguacate con su recinto.

Dije todo esto estando sentades en Freedom Park. Mi amiga, horrorizada, me miraba fijamente mientras se lo contaba.

—Te lo estás inventando —dijo—. ¿Hablas en serio?

—Era Aba en los noventa —le recordé—. Pensaba que todo el mundo en Nigeria habría tenido esa infancia.

No me había esperado que se sorprendiera tanto. Al fin y al cabo, ella también era nigeriana, y mayor que yo. Tenía que haber visto cosas peores.

—¡Pues no, no todo el mundo ha tenido esa infancia! —replicó, agitada—. ¿Por qué no escribes sobre todo esto?

Yo me encogí de hombros. La muerte solo era eso: muerte; y Aba solo era eso: Aba. Nada de aquello me parecía que mereciera ponerse por escrito. No es que no oyera cómo sonaban las historias

cuando las contaba en voz alta, oscuras como sangre vieja, como si debiera estar traumatizada, cambiada, como si algo en mi interior, tal vez mi inocencia, debiera haber atrapado un tufillo a keroseno y haberse agrietado, crujiente y humeante como los bordes de las brochetas de suya. Pero para mí era como si no hubiera pasado nada. En la universidad tenía un amigo serbio que no quería ni mencionar las cosas que había visto. Tuve una novia en Nueva York que pasó años de su infancia en plena guerra de Liberia. Nosotros sabemos que la vida sigue, agitada y borboteante, sanguinolenta y normal, por muy sacrílego que suene.

Después de escribir *Agua dulce*, tuve que aceptar el hecho de que ni siquiera soy humano. ¿Qué implica eso en cuanto a mi forma de ver la vida, o más importante aún, la muerte? Pienso en el lugar donde crecí y en el yo que se formó allí, en la versión de mí que sabe que un cuerpo es carne pero también le hije de alguien. Pienso en la facilidad que tiene la oscuridad para habitar tus recuerdos, aun cuando una ciudad se incendie hace veinte años.

A veces el fuego no es fuego. A veces no todo arde.

Mutilación | Para Eugene

Ser oġbanje es recibir la categoría de otredad; también es traer alteridad al hogar de una forma que trasciende esa «otredad» bifurcada, más ordinaria, del género. Este otro género viene marcado desde el nacimiento –tal y como se marcan los estatus masculino y femenino– por ciertos comportamientos especiales dirigidos a la criatura, además de por su ornamentación física. La apariencia sexual de la criatura oġbanje podría, de hecho, ser vista como una farsa: otra de las promesas que seguramente rompa al negarse a actuar siguiendo normas humanas.

–Misty Bastian, «Visitas anómalas: Narrativas de oġbanje (espíritus infantiles) en la escritura popular de Nigeria meridional»

Esto tendrá sentido en breve.

Une oġbanje es un espíritu igbo nacido de una madre humana, una especie de ser embaucador que muere inesperadamente para

volver en la siguiente criatura que nazca y morir otra vez. Los seres humanos les llaman malevolentes porque, bueno, tienden a tomarse las cosas muy a pecho. Les ọgbanje van y vienen. Nunca están del todo aquí: cuando eres algo nacido para morir, eres algo muerto aun mientras vives. La ontología igbo explica que todo el mundo se encuentra en un ciclo de reencarnación, de todas formas: tú eres tu propio ancestro, tú te convertirás en ancestro, el bucle seguirá repitiéndose dentro del linaje. Les ọgbanje, sin embargo, son intrusos en este ciclo, alteraciones inoportunas. No vienen del linaje, vienen de la nada, y por eso es muy importante que una ọgbanje nunca se reproduzca. De otro modo, contribuiría al linaje, y al morir, su espíritu se uniría a los de los seres humanos, participando en su bucle de reencarnación.

Extirpar un útero es un método eficiente para garantizar que eso nunca ocurra.

Siempre he sentido una violenta aversión por la reproducción, por tener un cuerpo marcado por su potencial reproductivo: un útero para albergar descendencia, pechos abundantes con los que alimentarla..., ya solo teclearlo me repugna. A los dos años de mudarme a Brooklyn me hice la primera operación: una reducción de pecho. Fue cirugía ambulatoria: me quitaron algo de grasa del pecho, unas glándulas, un poco de piel, poca cosa. Me pidieron una carta de mi psicóloga como prueba de mi cordura.

—Nunca he oído hablar de nadie así —me dijo el cirujano. Era un hombre blanco, mayor, que había realizado muchas operaciones a pacientes transgénero, desde aumentos de pecho hasta dobles mastectomías—. De masculino a femenino, de femenino a masculino, vale. ¿Pero esta cosa entremedias?

Apreté los dientes en forma de sonrisa y le entregué la carta, junto con imágenes impresas del pecho que quería. Era uno que consideraba adecuado para mí, que no se moviera mucho, que no se bamboleara como un péndulo aberrante ni me cortase la respiración

por tener las costillas apresadas a diario en el negro aplanador de un binder. Pagué diez mil dólares a su consulta, que rasqué de mis préstamos para la universidad, y traté de reducir la ira que me producía tener que superar semejantes obstáculos. Si hubiera pedido un aumento de pecho, no habría pasado nada, pero querer pechos más pequeños sin tener dolor de espalda se consideraba lo bastante ridículo para requerir la aprobación de una psicóloga. Odio a los humanos. Durante mi consulta postoperatoria, el cirujano se quejó de que nunca había tenido que pasar tanto tiempo reuniéndose con sus pacientes como conmigo. El tiempo que nos vimos sumaría en total unos treinta minutos repartidos en varias citas.

Se me hipertrofiaron las cicatrices, brillantes queloides marrones y arroyos lisos y lustrosos en el pecho. A veces, cuando aún creía que los términos carnales eran el único idioma a mi disposición, me miraba las marcas para recordarme que era «lo bastante trans» porque había decidido modificar mi cuerpo. Si bien la disforia y la cirugía no son requisitos para ser trans, las cicatrices no dejaban de ser un reflejo fundamental de mi certeza. Por entonces no estaba segura de hacia dónde estaba conduciendo a mi cuerpo al transicionar, pero si algo tenía claro era que el género según el que me habían criado era inapropiado: nunca había sido una mujer.

Después de operarme, mi depresión remitió bastante. Esa fue una conexión que no había establecido antes, el hecho de que aquella disforia física estuviera afectando a mi salud mental, contribuyendo con empeño a empeorar mi depresión. Solo cuatro meses antes de la operación había sobrevivido a un intento de suicidio. Si le di tanto peso a la decisión de modificar mi cuerpo fue en parte porque otras personas se lo habían dado. Su preocupación era casi contagiosa, pero era yo quien tenía que vivir en este cuerpo; era yo quien sufría en su interior. La reducción era ni más ni menos que una intervención necesaria, algo que ayudó a alejarme del deseo de morirme, que me hizo más fácil el acto de vivir.

Aun así, mientras me planteaba operarme por segunda vez, no lograba zafarme de la sensación de que había algo profundamente transgresor en lo que estaba haciendo, especialmente como nigeriane. Me resultaba demasiado fácil asomarme a ver lo que decía mi comunidad y oír las voces preñadas de asco, las que decían que lo que había hecho era desfigurarme; que Dios tenía sus motivos para haberme creado de cierta manera y yo no tenía ningún derecho a llevarle la contraria, ni con palabras ni con actos; que me estaba automutilando. Había un ideal al que mi cuerpo tenía que adecuarse, y al operarme me estaba desviando de él. Estaba rechazando colocar ese cuerpo en el centro y eligiendo otra cosa: un mundo donde la desviación era el ideal.

Lo elegí sin reparos. Nunca me ha importado ser algo mutilado.

Era un tipo de robot llamado Da Vinci.

Era delicado, preciso. Me lo insertaron a través del ombligo y allí me rebanó el útero y las trompas de Falopio en porciones pequeñas e insignificantes, que después me extrajeron del cuerpo por succión. El procedimiento tenía un nombre técnico que me llenaba la boca: histerectomía subtotal robótica con salpingectomía bilateral. Tuve que repetirlo como siete veces el día de la operación, cada vez que les enfermeras aparecían con formularios para dejar patente que sabía a lo que venía, pero no me importó. Llevaba años esperando este momento. Era la segunda vez que elegía la mutación de mi cuerpo acorde con mi yo espíritu. En otra vida, yo también me había formado para ser cirujane. Había diseccionado cadáveres y cortado capas de dermis, fascia y músculo con una hoja del n.º 10. Pero en esta vida tenía veintiocho años y frío y la piel entumecida y envuelta en una bata de hospital que les enfermeras cubrían con mantas calientes. Aun así, sentía la expectación en todo el cuerpo como el repicar nítido de unas campanillas. No veía el momento de que me sacaran de aquel quirófano en una silla de ruedas, estéril al fin.

Mi mejor amigo, Alex, vino en avión al norte de Nueva York para la histerectomía. Tras la extirpación, desplegó un catre en mi habitación del hospital mientras yo encargaba unos gofres. Al cabo de un rato entraron las enfermeras e intentaron ponerme de pie, pero el dolor era como una contracorriente que tiraba de mí. Viéndome oscilar y casi desplomarme, volvieron a acomodarme en la cama y me subieron la dosis de analgesia. Se me cortó la respiración e intercambié una mirada de inquietud con Alex. Su mano cálida envolvió la mía.

—No pensaba que fuera a ser para tanto —logré decir.

—Yo tampoco —respondió Alex.

La enfermera nos dedicó una fugaz mirada de incredulidad.

—Te acaban de quitar un órgano entero del cuerpo —apuntó—. Es una operación tirando a mayor.

Unas horas después conseguí salir de la cama y me paseé por la planta del hospital a cámara lenta, rozando las paredes con la mano, con el palo del gotero a un lado y la enfermera al otro, sujetándome por el codo. Al día siguiente, Alex me llevó en coche a casa, a mi pisito abuhardillado. La primera parte de mi recuperación la pasé allí, sobre todo, en un sillón orejero reclinable del color del musgo húmedo. Tenía una palanca de madera a un lado que accionaba la bisagra trasera y hacía que el reposapiés subiera de golpe con un chirrido, extendiendo el sillón. Ahí dormí la primera semana, porque me costaba tanto ponerme de pie como doblarme en ángulos agudos, y mi cama estaba demasiado cerca del suelo. Yo era tode puntos de sutura e hidrocodona, y se me habían recolocado las tripas. No fue mi primera mutilación, pero sí una de las mejores.

Si el ser oĝbanje representa un solapamiento de realidades —un espíritu con una apariencia humana increíblemente convincente—, ¿de qué manera puede este experimentar disforia y tomar medidas quirúrgicas para solucionarla? Era inevitable que me atrajeran estos solapamientos, dado que vivo en ellos, habitante como soy de rea-

lidades simultáneas que por lo general se consideran mutuamente excluyentes. ¿Qué nombre podemos darle a la disforia experimentada por espíritus que se ven encarnados en forma humana? Disforia de carne, quizá. Disforia no humana. Disforia espiritual. Disforia metafísica. No lo sé, pero me exigió modificar mi cuerpo para reflejar el tipo de entidad que soy.

La posibilidad de que fuera *ogbanje* llegó a mí años antes de escribir *Agua dulce*, más o menos cuando empecé a denominarme trans, pero me llevó un tiempo conseguir que ambos mundos chocaran y se conectaran. Pasé unos años reprimiéndolo, pues dada mi educación, que había sido de ciencias en su mayor parte y occidentalizada en su totalidad, me resultaba difícil considerar el mundo espiritual igbo como igualmente válido, si no más. El legado del colonialismo siempre nos ha inculcado que ese mundo no es real, que no es más que yuyu y superstición. En cuanto al fin acepté su validez, me replanteé lo que eso podía implicar en cuestión de mi género.

Para empezar, ni siquiera sé si les *ogbanje* tienen género, que es una cosa tremendamente humana, al fin y al cabo.

En términos carnales, ser trans significa ser de un género diferente al que se te ha asignado al nacer. Ser *ogbanje*, ya como un género en sí mismo, ya como la falta de él, contaría en cualquier caso como una categoría distinta. Por eso no consideré que mi transición se ubicase en absoluto dentro de parámetros humanos. Más bien, las operaciones eran un puente entre realidades, un pasar de ser asignada mujer a asignarme yo misma *ogbanje*: un espíritu personalizando su recipiente para reflejar su naturaleza.

Fue bastante difícil convencer a un médico de que me extirpase un órgano sin ningún tipo de lesión, pese a que mi integridad dependiese de su ausencia, sobre todo porque el órgano en cuestión era reproductivo y me creían una mujer. No tenía la carta de ningún médico para mi útero —era demasiado difícil encontrar terapeutas que tuvieran experiencia con pacientes trans no binaries—, y no

tenía dinero para pagar la operación. Pero pensé que tal vez podría ir ahorrando, así que me cité con algunos ginecólogos para hablar de mis opciones. Decidí no revelar mi género (o ausencia de él); lo que hice fue expresar mi deseo de operarme por elección propia, al no querer descendencia.

Les médiqes me recibieron con oposición y un fino desprecio. «¿Y si cambias de idea?», me preguntaban, consulta tras consulta, hasta que tanto metal, vidrio y batas blancas se confundieron en una única puerta cerrada. Yo, que tenía mil réplicas, me mordí la lengua mil veces, pues esta gente tenía lo que yo necesitaba: manos enguantadas para abrirme y echar mi útero al plástico chillón de los residuos biológicos, o dondequiera que terminasen los órganos que no quería nadie. La disforia se había construido un hogar como un nudo dentro de mi cuerpo, pues no tenía ni idea de cómo iba a permitirme otra operación, y a ese ritmo tampoco sabía si encontraría una médiqes dispuesta a llevarla a cabo. Aunque no era tan grave como antes de mi primera operación, seguía recibiendo aquel recordatorio, tan rojo que era casi negro, mes sí y mes también. Como la más mínima posibilidad de que pudiera haber un embarazo me mataba, probé a ponerme un diu. Cuando lo insertaron grité de dolor, grité por la aberración insoportable de que algo me pasara por el cérvix. Los meses siguientes tuve muchísimo flujo: saturaba tampones ultra y compresas de noche, rebasaba la capacidad de las copas menstruales. Al final, una ecografía reveló que el diu estaba descolocado y tuvieron que retirarlo. Era como si mi cuerpo lo hubiera escupido; un recordatorio de que nada menos drástico que una extirpación sería suficiente.

Para entonces me había mudado de Brooklyn al norte del estado, al pisito abuhardillado con el sillón reclinable de color verde musgo. De vez en cuando sufría picos de dolor pélvico, un dolor lacerante que me aprisionaba en la cama durante horas. Transcurridas unas semanas del segundo invierno que pasé allí, fui a un uroginecólogo,

creyendo que me pasaba algo en la vejiga. Le llevó toda la tarde hacerme pruebas; después me citó en su consulta para decirme que había un 84 por ciento de probabilidades de que tuviera endometriosis.

—Te puedo recetar anticonceptivos —propuso.

Yo me negué.

—¿Por qué no? —preguntó.

Y de repente el aire de la consulta dejó de circular. Me tintineaban los nervios; un regusto ácido me recubrió la lengua como una película, como siempre ocurre antes de la revelación.

Es más fácil cuando estoy a solas. Hoy en día, mis amigos y familia inmediata son aquellos que entienden que no soy humane. Por entonces simplemente les decía que no era una mujer, pero algunos siguieron viéndome como tal de todas formas. Lo dejé pasar porque a veces es más fácil no discutir, aceptar como lugar seguro el aislamiento de que no te vean. Esas amistades fueron distanciándose con el tiempo. Existo de forma separada al concepto impreciso del género como sistema binario. Sin las restricciones de esas categorías, no tengo que pensar en mi género, ni siquiera tengo que fingir que soy humane. Cuando estoy a solas, solo estoy yo, y me veo con claridad.

Sin embargo, para hablar con otras personas, hace falta canalizar quien soy (o lo que soy) por medio de un lenguaje que puedan entender. Hace falta plegarse.

—Soy trans —expliqué al médico—. Y como he tenido una reducción de pecho, las hormonas revertirían el efecto.

Él asintió mientras mi estómago se revolvió.

—He tenido algún paciente trans —dijo—. Podría hacerte una histerectomía, si te interesase. Te lo cubriría el seguro.

Me lo quedé mirando con las manos entumecidas de incredulidad y esperanza. Había tenido muchísimo miedo de que dijera algo transfóbico, de tener que vérmelas con esa violencia desgarrándome la piel, una bala que no tenía programada al aparecer allí

aquella tarde. Pero nada más lejos: salí de la consulta con una cita para operarme en solo dos semanas.

El robot me atravesó el ombligo para realizar la intervención, me lo abrió y después lo remetió en mi abdomen en una configuración nueva y renovada. En mi cita postoperatoria, el médico llamó a la enfermera para alardear de lo bien que había cicatrizado la herida. Solo había dos pequeñas marcas, apenas de un centímetro de largo, una encima y otra debajo de mi nuevo ombligo.

Un par de semanas después de la operación, llamé a mi madre humana y le conté lo que había hecho, aunque sabía que no lo entendería. Ella suspiró con la resignación de una madre que ha tratado de detener a su criatura otras veces, sin éxito.

—¿Puedes intentar no amputarte más partes del cuerpo? —dijo, y me reí tan fuerte que me dolieron los puntos.

Unos días después volé a su casa por Navidad. El personal de vuelo me llevó en silla de ruedas por ambos aeropuertos. Me sentía débil, pero entusiasmado. El resto de la recuperación transcurrió sin contratiempos. Tras diecisiete años y aproximadamente doscientas reglas, enseguida me hice a mi nueva vida sin sangre.

La mutilación de los oğbanje tiene una vívida historia: tras su muerte, se les puede cortar y marcar con cicatrices para asegurar su detección cuando vuelvan la próxima vez. Los oğbanje son una cohorte —al nacer se separan, pero vuelven a ella cuando mueren—, y me gusta pensar que en ello reside una forma de memoria compartida o generacional. Ni la muerte ni la mutilación nos son ajenas a ninguna; no tememos a ninguna de las dos cosas.

Ha sido agotador reconstruirme cada vez que descubro más acerca de quién o qué soy: tomar las medidas y pagar el precio que conlleva dicha reconstrucción. A veces llevo ese precio en el corazón, como cuando las personas a las que quiero dejan de tener espacio para mí en su idea del mundo. Otras veces es el cuerpo

el que carga con él, en forma de marcas y modificaciones. Con el tiempo he llegado a pensar en la mutilación como el pasaje de la aberración al alineamiento, y en las cicatrices como una forma de ornamento que celebra dicho pasaje. Los queloides de mi pecho y las pequeñas líneas que brotan de mi ombligo funcionan como recordatorios, a saber: que aun cuando supone tener que salir de una realidad para que se me trague otra distinta, siempre elijo ir acercándome hacia mí.

Traducción

Arrate Hidalgo. (Bilbao, 1987). Traductora y agitadora cultural. Formada en filología inglesa y estudios medievales, hoy trabaja promoviendo visiones de futuros posibles generadas a través de prismas no hegemónicos en los campos de la literatura, la creación artística y la divulgación.

Imagen de cubierta

Ana Galvañ es una autora de cómics e ilustradora murciana. Ha colaborado con prensa y editoriales como *El País*, *The Guardian*, *The Washington Post*, *The New York Times*, *Socialter* y *Berliner*. En el ámbito del cómic, sus historias han aparecido en publicaciones editadas por Fantagraphics, Nobrow, Kus!, Vertigo DC, Apa-Apa y Fosfatina. Su último libro se titula *Tarde en McBurger's*, una historia preadolescente y fantástica publicada por Apa-Apa en castellano y por Fantagraphics en inglés.

La colección **El origen del mundo** rastrea otras formas de pensar, sentir y representar la vida. Resignificamos el título del conocido cuadro de Courbet desde una mirada feminista e irónica, para ahondar en la relación entre ciencia, economía, cultura y territorio. Literatura que especula, ficciona y disecciona realidades. Sumergidas en la turbulencia, amplificamos ideas contagiosas y activamos teorías del comienzo.

Grupo asesor

Esta colección se gestó inesperadamente en una comida de cumpleaños de una amiga, a partir de la insistencia por traducir y publicar otras voces. Fieles a este espíritu original, conformamos un grupo asesor en contenidos. No un reducido comité de expertos, sino una muestra de la comunidad amplia y diversa a la que apelamos. Conformamos así una sociedad no secreta con la que compartir conocimientos, a la que escuchamos propuestas. Algunas se publican en esta colección o saltan a otra, algunas se quedan en la recámara, otras no serán. Queremos visibilizar este apoyo y asesoramiento generoso y muchas veces informal, que muchas de vosotras nos vais proporcionando. Entre otras inspiraciones, en 2024 este grupo flexible que nos ha propuesto contenidos ha estado principalmente compuesto por:

Ixiar Rozas, Maielis González, Leire Milikua, Helen Torres, Maria Ptqk, Blanca de la Torre, Teresa López-Pellisa, Elisa McCausland, Rosa Casado, *Pikara Magazine*, Arantxa Mendiharat, Arrate Hidalgo, María Navarro, Remedios Vincent, Daniel García Andújar, Verónica Gerber Bicecci, Iván de la Nuez, Alicia Kopf, María Colera, Cabello/Carceller, Cristina Ramos González, Rosa Llop, Claudio Iglesias, Constantino Bértolo, Tamara Tenenbaum, Tania Pleitez, Marta Rebón, Rakel Esparza, Lilian Fernández Hall, Mariano Villarreal, Jorge Carrión, Beñat Sarasola, Katixa Agirre, Goizalde Landabaso, Uxue Alberdi, Carlos Almela, Txani Rodríguez, Mónica Nepote, Laura Casielles, Itzea Goikolea Amiano, Ana González Navarro, Mercedes Melchor, Luz Gómez, Georgina Monge López, Leire Bilbao...

www.consonni.org

Producimos y editamos cultura crítica

El origen del mundo

Para Senthuran se terminó de imprimir en Alvanova, Cambre, Galiza, el 23 de abril de 2024, en el aniversario del dramaturgo, poeta y actor inglés William Shakespeare (1565), que curiosamente fallece también un 23 de abril pero de 1616, y al que se considera el escritor más importante en lengua inglesa y uno de los más célebres de la literatura universal; de la bailarina de *ballet* sueca y máxima estrella del *ballet* romántico Marie Taglioni (1804), que no solo inició la era del baile en puntas con el estreno en 1832 de «La Sífide» en la Ópera de París, sino que fue pionera en el también famoso *pas de quatre*; del escritor y periodista chileno Pedro Balmaceda Toro (1868), que es considerado uno de los promotores del modernismo en América Latina; del bailarín, coreógrafo, maestro de ballet y director de compañía ruso, nacionalizado estadounidense, Michel Fokine (1880), cuyo concepto total de la danza e innovaciones en el terreno de la coreografía revolucionaron el ballet clásico ruso y alcanzaron repercusión internacional; del escritor chileno Augusto d'Halmar (1882), a quien se le otorgó el Premio Nacional de Literatura de 1942, creado ese mismo año, y que destaca por ser un reconocido autor naturalista y uno de los poetas chilenos más importantes de su tiempo; del pianista, organista, cantante y compositor estadounidense Charles Edward «Cow Cow» Davenport (1894); de la informática teórica, matemática y científica espacial afroamericana Annie J. Easley (1933), una de las líderes del equipo que desarrolló el *software* para la etapa del cohete Centauro y una de los primeros afroamericanos en trabajar como científico de computación en la NASA...; por mencionar tan solo a algunas de las muchas activadoras de comienzos.

En sus novelas unánimemente aclamadas por la crítica, Akwaeke Emezi descubre un universo marcado por las tensiones familiares, los sistemas de creencias igbo, la búsqueda inagotable de lo que significa ser libre y el particular modo en que el colonialismo afecta a los cuerpos. En esta extraordinaria autobiografía, le autore de *Agua dulce* y *La muerte de Vivek Oji* nos habla de su propia vida. A través de una correspondencia franca e íntima con amistades, amantes y familiares, Emezi va delineando y desvelando su ser y el inolvidable viaje de un espíritu creativo que accede a su poder en el mundo humano. Su historia entreteje un vertiginoso ascenso al éxito en el mundo del libro con la toma de decisiones transformadoras sobre su género y su cuerpo. A ello se suma una diversidad de tempestuosas relaciones emocionales, románticas y espirituales que da forma a un libro delicado y brutal a partes iguales, un libro que, como siempre ocurre con Emezi, se queda pegado a la piel tras leerlo.

Electrizante e inspirador, animado por la misma voraz inteligencia que caracteriza la ficción de Emezi, *Para Senthuran* es un relato revelador en torno a la identidad, la supervivencia y el acto de contar historias.

Nombrado entre los mejores libros del año por *Time*, *Vulture*, *Marie Claire*, *Teen Vogue*, *Lit Hub*, *Autostraddle*, *Bookpage*, *Book Riot* y *Them*.

«Un libro de gran belleza... *Para Senthuran* habla del poder de la excelencia, especialmente esa que aparece en cuerpos que no son ni blancos ni de hombre. Emezi está cambiando el mundo, está cambiando nuestra forma de reaccionar ante esta clase de poder».

–The Paris Review

«Te hechiza [...] una bellísima prosa que cautiva de principio a fin».

–Publishers Weekly

«Una autobiografía de obligada lectura sobre la creatividad y la identidad».

–Bustle



consonni

Producimos y editamos cultura crítica
www.consonni.org